

El valle inundado

(Cuento en torno a un decir)

Escribe: BERNARDO VALDERRAMA ANDRADE

Román oye cantar el gallo.

Despega los ojos con la sensación agradable de no tenerlos cargados de sueño. Por una rendija, invisible de noche, ve la claridad del día. La clueca ya se rebulle bajo el camastro; pían los polluelos. Tira a un lado la gruesa manta de lana blanca, que perdió su olor a chivo, tejida por la Gertrúdz años ha, cuando la vieja, su mujer de toda la vida, tenía los dedos ágiles.

—Maldito el reuma de Gertrúdz, —piensa—. Desde que las manos se le torcieron como raíces, ya no puede volver a manejar el telar. Ahora toíto el trabajo de conseguir unos pesos le toca a él... corretear tras las ovejas, cuidar que no se pierda ni una en los rastrojos; cuando tan cargadas de lana, esquilarlas; llevar los vellones de venta a Guatavita; hacer mercado;... ¡Carajo! Ya ni pa un trago de aguardiente queda.

Con movimientos lentos baja los pies de la cama, busca las alpargatas a tientas. Llega hasta la puerta, abre: el rancho se llena de luz. Escapa la obscuridad por la puerta con el olor acre que se encierra todas las noches: combinación de sudor guardado, manta caliente, humo de cocina, estiércol de gallina. La clueca sale con cacareos cortos de guía a los polluelos, semejantes a peloticas amarillas rodantes. Tras ellos Román; se arremanga la camisa por los nervudos brazos, blancos como leche en contraste de las manos tostadas: se bañará en la alberca formada por un tubo de gres enterrado en parte, que él echó a botes, loma abajo, cuando terminaron los trabajos de la carretera, y quedó como sobrante de un drenaje. Gertrúdz refunfuña en el rincón del camastro, envarada, como lo hace todos los días desde que el reuma entorpeció sus movimientos.

Afuera ya todo es claridad. La niebla trepa por los cerros de las carboneras, que muestran sus negros huecos bordeados de grisosos amontonamientos de cisco. Más arriba, las lomas ariscas del páramo empenachadas de nubes, que se doran en los bordes inferiores con tonos de incan-

descencia. En el corral, las ovejas balan al reconocer la figura del viejo Román, con sus canas apelmadas en la frente, al restregarse con agua y jabón de la tierra.

—¡Ya voy... ya voy!

Rezonga con el estómago que cruje de hambre.

El humo que sale del rancho indica las labores de Gertrúdz: ya ha prendido el fogón, mete ruido a las ollas, prepara chocolate, asa arepas.

—¡Maldito el reuma de Gertrúdz! Repiensa. Ya no la deja batir chocolate con espuma: queda el tazón con el jondo llenito como de tierra... Y las arepas, antes bien amasadas, como ruedas gordas apenas tostadas, ahora son deformes, con grano a medio moler, se le queman.

Los balidos se impacientan en el corral. Debe el viejo apurar el desayuno, con la atenta mirada de Gertrúdz en sus movimientos. Siempre lo ha hecho así, pero... —¿Cómo ta ahora de fea, y de arrugada, y de flaca? Pensar que juera tan bella de moza, con sus trenzas negras, con la piel tostada en las pantorrillas, con esos ojazos que lo enamoraron.

—¡Santo Dios bendito!... Qué feos tiene ahora los ojos... llenos de lagañas... pobre vieja. Piensa.

—Haber si dices algo... si ta güena la arepa, si te gusta el chocolate. Chocho como una clueca... anda, ve rápido que solo tas a agrado hablando con las ovejas...

Y remeda su voz:

—¡Quihuuubo Motablanca!... ¡Uzte Motanegra!

Román se hace el desentendido. Toma el guayacán con zurriago de cuero, sale de la choza con un

—Ta luego Gertrúdz.

Y para sus adentros:

—¡Santa Virgen bendita! ¿Cuándo dejará esta mujer de adivinarme las mentes?... Culpa mía por pensar brutalidades... por verla fea.

* * *

Buen pastor, el anciano se aleja del rancho; lleva sus treinta ovejas: trotan loma arriba como un montón de lana viviente; solo los corderitos se indisciplinan: saltan como resortes con las paticas tiesas.

Atrás queda el valle, con sus verdes campos desnivelados al río Tominé, cinta de plata y truchas paralela al espinazo de las montañas; en la lejanía, los techos rojos de Guatavita, dominados por la antigua iglesia de torres de piedra tallada y la maldición del cura: "Días vendrán en que las aguas cubrirán el pueblo y solo habrán de emerger las torres para servir de nido a las aves".

En la parte alta de un potrero, toma asiento en una piedra. En torno a él pacen mansas las ovejas. A sus espaldas, tras de la cerca, la carretera que de Sesquilé va a Guatavita... o al contrario, como dicen en el pueblo, que es de Guatavita que va a Sesquilé. A fin de cuentas, él no entiende la cosa.

* * *

Medio día. Una camioneta detiene la marcha cerca a su estadero. Bajan varios peones con varitas rojas y blancas y punta de acero.

—Qué bonitos bordones. Alcanza a pensar Román. Si yo tuviera uno, la Gertrúdiz sabría donde toy con solo mirar desde el rancho; no tontearía al traerme el almuerzo.

De la cabina desciende un joven vestido de kaky, delgado, buena cara. Lleva una cajita metálica verde, con correa de cuero. Un peón le arma un trípode y sobre él monta el aparato, lleno de tornillos que brillan al sol. También tiene lente.

—¿Será que van a tomar película?

Piensa y observa Román. Los trabajadores se dispersan con las varitas. Otros miden con una cinta y trompitos de hierro.

—¡Ah!... Si hubiera tenido un trompo así de chico: qué de hachazos habría dado a los de otros muchachos; sin tener que afilar el herrón.

El ingeniero se concentra en el tránsito, mueve tornillos, ajusta, gradúa, da señales con los brazos.

—Y este ¿por qué manoteará tanto para dar película?

Cuando saca la cartera y apunta:

—Esto me está curioseando. Voy nomasito a ver.

Da Román una mirada a sus ovejas, las cuenta, observa que ninguna esté con intención de alejarse. Se pone en pie, pasa la cerca, se aproxima al ingeniero:

—Buenas doctor... bonito el día.

—Buenos días.

Sigue con los ojos pegados al aparato. Levanta el brazo derecho, lo agita... lo agita más. Lo oye refunfuñar. Levanta al fin juntos, da un gran ¡AHIII!... Mira de nuevo, vuelve a apuntar.

—Creí que era película.

Se atreve el viejo con timidez. El joven lo mira: tiene cara agradable y sonriente:

—¡Hola! abuelo... ¿de pastoreo?

—Sí señor doctor... como todos los días. ¿Ve bonito el valle?

—¡Ajá!... De primera para la represa.

—Perdone... ¿la qué?

—Represa, abuelo. Pronto iniciaremos trabajos.

Román se siente ignorante:

—Perdón, yo no se de eso. No entiendo.

El ingeniero saca un paquete de cigarrillos. Mira como divertido e indulgente al anciano. Le ofrece uno, toma otro para sí. Mientras los prenden, parece observarlo.

—¿Hace mucho vive por acá?

—Román Rodríguez para servirlo en lo que Dios mande.

Se presenta el anciano, agradecido por ser atendido.

—Toda la vida. Añade. Desde chico. De mozo trabajaba en las minas. Señala las carboneras de la falda oriental de los cerros.

—Aquí nací... aquí me casé con la Gertrúdiz. Ella está en el rancho. Indica la manchita de barro pisado y paja que resalta allá abajo, en medio del campo.

—Ahora, ya viejo, solo puedo cuidar y esquilan las ovejas.

Mira el ingeniero los animales; comenta:

—Bonito el rebaño.

—¡Ah!... Yo lo cuido mucho. Me dan la comida... ¿ve usted esa grandota y obscura?... Es la Motanegra: hasta de tres ha parido... Pero siga no más su trabajo. Yo lo miro.

Sigue el joven la labor. En intervalos, explica al anciano que curiose sea como un niño.

—Allá, por el lado de Sesquilé, —muestra con la punta del dedo—. Haremos el dique para represar el río. Como una gran pared para detener las aguas.

—¿Detener las aguas?... Y ¿para qué?

—Se inundará todo el valle; así habrá gran reserva de agua. Cuando llegue el verano, no habrá escasez.

—Y ¿el valle?

Las facciones del viejo Román están sorprendidas.

—Quedará debajo del agua. Inclusive el pueblo.

—¡Santo Dios!... ¿Guatavita?

—Así como lo oye... ¿Usted dice que vive allá?... Bueno es que vaya hablando con las autoridades. No querrá convertirse en pescado.

Román cambia de serio a divertido:

—El doctor resultó bromista.

* * *

Pasa el tiempo.

Con dolor, sin comprender del todo la razón, Román ve llegar las aguas represadas; lamen y carcomen inexorables, las paredes de su rancho de tierra pisada. Procede a desmantelarlo, con la ayuda de Gertrúdz, a quien el reuma la hace rezongar y quejarse. Consternados, no se resignan a contemplar su morada de toda la vida, con los maderos al aire como un esqueleto. En miles de viajes, sobre sus agotadas espaldas, cargan palos y tablas que puedan utilizar en la nueva vivienda que levantan arriba, cerca de las carboneras. Cuando el malestar y el cansancio desesperan a la mujer en su éxodo obligado, riñe al viejo:

—Tuya es la culpa. Te lo dije hace años... contra los curas no se puede ir. Por tu lengua larga, nos ha caído también la profesía. ¡Mi Dios nos perdone!

* * *

Cae la tarde. Sobre las lomas aplanadas de occidente, se oculta el sol de verano. Resplandores rojos incendian el valle. El río contenido, sube y sube para invadir lo que antes fuera el fértil y hermoso valle de Guatavita. Allá, cubiertos de agua, han quedado los paredones del viejo rancho de Román y Gertrúdz. Solo dos sauces que se alzaban frente a su casa, les indican el lugar donde antes vivieran. Cuando el agua suba más, hasta las copas quedarán sumergidas. Para entonces... ya su antigua vida será solo un recuerdo.

—¿Qué haces ahí, plantado como un zoquete mirando pa el agua...? Ven a tomar chocolate y comerte la arepa.

El anciano se mueve con pasos lentos, la espalda encorvada, el rostro triste. Sus ojos van del agua a los rojos manchones de las erosiones. Así está su alma... como esas erosiones que no dan una brizna de hierba para alimentar sus ovejas.